

---

## CAPITULO IX.

---

### LA FILOSOFÍA INDIVIDUALISTA, Ó EL IDEALISMO SUBGETIVO.

La filosofía crítica debió tener y tuvo sus naturales consecuencias. La idea de la personalidad humana, reconocida en toda su grandeza, exaltada en todos sus atributos, ébria de la propia sustancia; en la inquietud de su jóven vida, en la ambicion de sus pasiones, llegó á negar todo ser que no fuera su propio ser, y toda realidad que no fuera su propia realidad. Los cielos aparecieron á sus ojos como urdimbre del alma, semejantes á la tela que la araña tiende, al capullo que hila el gusano de seda.

El Universo material desapareció en la embriaguez de la personalidad humana. La luz, reflejo era de nuestro ethéreo espíritu; las estrellas, condensaciones de nuestras innumerables ideas; los séres todos, organismos formados por las séries lógicas de la razon emancipada. En la inmensa nube de polvo levantada por tantas ruinas, dibujábase tan solo nuestra avasalladora individualidad con su conciencia en la frente, como sol de los soles. Y no podia suceder de otra suerte. Toda idea

nueva tiende al absolutismo de su ser, tiende á borrar el límite, á suprimir la oposicion, á creerse única en el Universo para vivir, y bastante á resolver todos los problemas. Separado por la crítica todo cuanto hay de interno y todo cuanto hay de externo en el conocimiento, demandaba casi una necesidad dialéctica que el espíritu llegase á crear la vida su propia sustancia, la luz su propio reflejo, el Universo su obra. Por tal razon es necesario juzgar los sistemas filosóficos, primero en sí, en sus principios fundamentales independientes de todo momento histórico; pero despues, en su relacion estrecha con el tiempo en que nacen y con la totalidad de la filosofía, que desarrollan bajo una de sus fases. El esclavo, el siervo del terruño, el vasallo, iba á ser hombre en revolucion que igualmente tocase á la sociedad y á la conciencia. Para llegar á este resultado tenia que alzar su personalidad en absolutismo independiente de toda contingencia; y tenia que poner su derecho sobre todo derecho. Los re-

yes se divinizaron. En oposicion á los reyes, el hombre libre se divinizó á sí mismo, se ungió con el óleo sacratísimo de su absoluta dignidad personal. Fué aquel un momento necesario en la sucesion de los tiempos y un principio lógico en la série de las ideas. La metafísica de la libertad llegó á extremos erróneos, quizá en sí necesarios para la emancipacion del espíritu humano en la totalidad de su ser, en la incomunicable entidad de su esencia. Negar todo cuanto se opusiese á la individualidad, atrevido era, mas sin estos atrevimientos no llegará jamás la victoria de una idea. El progreso procede por oposiciones radicales y absolutistas. La religion niega toda filosofía racional; y la filosofía toda religion revelada. El fisiólogo prescinde del espíritu y el místico de la materia. Para el panteísmo del siglo anterior no habia más que un sér con dos formas, extension y pensamiento. La individualidad humana desaparecia en ese océano de la sustancia universal; la libertad quedaba reducida á fuerza mecánica del Universo. Para romper esta gran tiranía del panteísmo, Fichte forjó en su sistema el hombre, su individualidad, su personalidad, y le declaró único ser real, y le puso la tierra por peana, el Universo por templo, donde todas las cosas eran modificaciones sucesivas de nuestra propia sustancia.

Fichte personifica este instante del tiempo, esta fase del espíritu. Para él hay una ciencia que es respecto á la metafísica lo mismo que la metafísica respecto al sentido comun, una ciencia de las ciencias. Esta ciencia necesita un primer principio inaccesible á la negacion; indudable, evidente de toda evidencia. Este primer principio no puede ser otro que el principio: yo soy. Hé aquí la afirmacion soberana, la base de todos los juicios, el fundamento incontrastable de toda ciencia, el primer principio de todo sistema, la tésis á la cual, jamás podrá llegar en sus vapores la duda: yo soy. De esta afirmacion soberana, luego por juicios téticos, antitéticos y sinté-

uticos, deduce Fichte la existencia de algo opuesto al yo, de algo que tuvo realidad solo por ser distinto del yo. Pero el yo quedaba centro de todas las esferas científicas, número de todas las cosas reales, medida de todas las ideas posibles.

Filosofía tan audaz, engendraba general contradiccion con el sentido comun que se creia herido. Decíase que al concluir una conferencia, Fichte usaba esta fórmula extraña: «hoy hemos creado el mundo, mañana, señores, crearemos á Dios.» Asegurábase que en cierto convite, atrevido criado del anfitrión, le quitaba los platos de delante, diciéndole: «Aliméntese el filósofo de su propia sustancia.» Las señoras de Alemania contaban que Fichte, no creyendo en la existencia de ninguna personalidad que no fuese su propia personalidad, tampoco creia en la existencia de su mujer, tampoco creia en la realidad de madama Fichte. Los gobiernos se alarmaron y le persiguieron en las Universidades. El gran pagano Goethe le reconvinó por la franqueza con que formulaba sus ideas. Y sin embargo, Fichte era además de un gran filósofo, un gran carácter. Nacido en oscura medianía, educado en pobreza próxima á la miseria, conducido por el aguijón de la necesidad desde la libre Zurich á la opresa Polonia, sin tropezar, no obstante las dificultades y asperezas del camino, sin ceder en sus ideas bajo el látigo de los opresores, prefiriendo á todo aplauso y á toda ventaja la religion de la filosofía, amando con amor casi místico la humanidad y sus progresos, vivió consagrado á despertar la conciencia de su patria en medio de los terrores de la revolucion y de los desastres de la guerra, y murió entre los efluvios de la peste, al servicio del dolor y de la miseria, maestro de la moral, héroe del deber, mártir de la ciencia.

A pesar de tantas exageraciones divulgadas sobre el individualismo de Fichte, el inmortal filósofo decia que la idea de individuo se derivaba de las relaciones del hombre con sus

semejantes. Para vivir en estas relaciones se necesita el derecho, condicion indispensable á la individualidad. El sér racional, no puede ni comprenderse á sí mismo, ni plantearse á sí mismo, sino como individuo, como uno de tantos séres racionales que en relacion con él coexisten. Sensible, inteligente, activo, la naturaleza y la sociedad, el mundo externo con sus varios modos de ser le solicitan á la accion, á obrar sobre ellos como causa. La obediencia á esta solicitud es el fin del hombre, el cumplimiento de su destino. Los medios que necesita para cumplir este fin son sus derechos.

Pero el hombre necesita reconocer no solo su existencia como persona y su derecho personal, sino su coexistencia con las demás personas y sus relaciones de derecho con las personas. Esta reciprocidad es fundamental en el derecho, porque sin ella desaparecería la sociedad. El derecho es primitivo, coercitivo, político. El primero, el primitivo, es aquel por cuya virtud el hombre se eleva á causa de su vida. Ninguna fuerza extraña debe compeler al hombre en el cumplimiento de su destino, mientras no desconozca ó vulnere el derecho de los demás. La actividad individual debe ser dirigida y regulada por la inteligencia. El derecho coercitivo es el que tiene por fin mantener el derecho personal en todos y supone un pacto entre los ciudadanos, y como consecuencia de este pacto la necesidad del Estado. El derecho político regula á su vez la voluntad comun, la soberanía comun. Esta voluntad comun da las leyes. El poder ejecutivo se encarga de su cumplimiento. El poder de vigilancia, que Fichte propone, como un tribunado, como un eforado junto al poder ejecutivo, se encarga de velar por el cumplimiento de las leyes. Cuando los encargados de ejecutar las leyes falten á su encargo, los encargados de vigilar el cumplimiento de las leyes, deben suspenderlos, y convocar al pueblo. El respeto á la ley determina la forma del gobierno. Allí donde el pueblo no

A.

tiene ni idea, ni sentimiento de legalidad, la forma de gobierno será necesariamente, sin que nadie pueda impedirlo de ninguna suerte, será la monocracia. Pero donde el pueblo respeta las leyes, la forma del gobierno debe ser la república, única racional y justa. Todas estas consecuencias políticas derivábanse inmediatamente de aquella filosofía consagrada á la exaltacion del hombre interior, á la exaltacion de la conciencia. Dentro de nosotros mismos llevamos el ideal de la justicia, el código sublime del deber, y solo se necesitan los esfuerzos de nuestra propia voluntad para que este código se cumpla, y con su cumplimiento se realice nuestra felicidad sobre la tierra.

Perfeccionando al individuo, perfeccionaremos la humanidad, individuo superior, para quien los siglos son años, tardo, mas seguro, en su progresivo crecimiento. Objetivar las leyes sugetivas de la razon, objetivarlas en todas direcciones y por todas las esferas; hé ahí el destino supremo de la humanidad en la historia. La série de hechos sucedidos en cierto período de tiempo tiene como las progresiones matemáticas razon comun en la idea que los anima. Así en cada época predominará un pensamiento general, consecuencia de la época anterior, premisa de la época subsiguiente. Nuestro tiempo, en medio de los eclipses de la razon, en medio de los desmayos de la voluntad, solo tiene un fin, realizar la nocion del derecho. Mas la humanidad cuenta edades varias en la sucesion continúa de los tiempos; pues no se realiza en solo un dia la plenitud de la vida, que será la encarnacion, la objetivacion de la pura ley racional en la sociedad y en el mundo. Las edades humanas son cinco capitales. Primera: el hombre, encerrado en la naturaleza como la semilla en la tierra, como el feto en las entrañas, tiene de la vida solo desierto el instinto, de las facultades solo en ejercicio la sensibilidad, y el Universo se le aparece como poema viviente, y el fenómeno ó el hecho como milagro, y la ley como re-